

INTRODUCCIÓN

EXISTE UN PATRÓN para explicar el desarrollo de la teoría social latinoamericana. Su diseño responde a pautas donde se relacionan de manera causal hechos históricos, propuestas teóricas y categorías sociales. Sus principios se hallan inmersos en la razón cultural de Occidente, forman parte de su devenir y responden a su racionalidad. Somos una singularidad más allá de la colonialidad del saber y del poder. Sólo los pueblos indios han sido conquistados, sometidos, explotados y dominados. Nosotros, los blancos, mestizos y ladinos, participamos del mundo de los conquistadores. En esta dinámica, las propuestas de interpretación social de la realidad latinoamericana resultan fundamentales para comprender, explicar y generar proyectos de cambio social en las estructuras sociales y de poder. Sus ciencias sociales ocupan un espacio vital en la lucha teórica por apropiarse de la realidad y direccionar el espacio de lo político. Su lenguaje, sus conceptos y categorías son armas de grueso calibre, una manera de construir el futuro y diseñar el cambio social. Pensar en un patrón de análisis es vestir con uno u otro traje al continente. Es darle un relato histórico para legitimar o pensar cuál ha sido y cuál debe ser la dirección que deben tomar los debates políticos y la agenda de las ciencias sociales.

Si pensamos en la lógica dominante, prima el concepto de ser América Latina un receptáculo de las principales corrientes de las cien-

cias sociales en los años cuarenta del siglo XX. Tiempo de mayor fertilidad intelectual extensible al primer lustro de los años setenta, entrando en crisis con el advenimiento de las tiranías que, salvo repuntes, sigue imperando hasta nuestros días, sin olvidar que todo se estudia bajo la cubierta de las megatendencias. Ni buenas ni malas, la realidad se encajilla en los postulados del neoliberalismo, el socialismo del siglo XXI, la globalización, el pensamiento único, el fin de la historia, el choque de las civilizaciones, la gobernanza o cualquier otro paradigma y principio de fe emergente. ¿Modas, doctrinas, pensamientos, propuestas, realidades?

Ciertamente en ellos hay mucho de historia, pero también de contingencia, de coyuntura y, por qué no decirlo, de improvisación ideológica y más aún de propuesta política. No se trata de inventar la realidad. Para recrear las categorías de análisis social y romper patrones del colonialismo cultural, del saber y del poder no hace falta tirar el agua sucia con el niño dentro. Negar nuestros orígenes es propio de una maldición que recorre nuestra América Latina. Maldición que se asienta en el criterio de inferioridad, de pueblos sin historia, de estados sin nación, de racionalidades inconclusas, de modernizaciones sin modernidad, de déficits y excesos, de rechazar lo propio y pensarnos como un accidente. Cuando no es así, queremos imitar y vivir siendo un calco de otras experiencias y realidades, una mala copia. Pero en el extremo de esta maldición se sitúan aquellos para los cuales la novedad, lo revolucionario y lo transformador radica en rechazar, romper, hacer añicos Occidente y renunciar a él por corrupto. ¡Pero ellos mismos hablan castellano, inglés, alemán, francés e italiano y sus categorías de análisis las obtienen de Kant, Aristóteles, Platón, Spinoza, Descartes, Hobbes, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Voltaire, Marx, Hume o Ricardo! Es el sinsentido de una razón extraviada.

¿Cómo entender el realismo mágico, la concepción centro-periferia, la teoría de la dependencia o el colonialismo interno? Ellos son ejemplos de originalidad intelectual y no por ello han dejado de recurrir ni de utilizar los aportes de los clásicos, y cualquier clásico, para acotar y mostrar los vínculos entre desarrollo histórico y realidad concreta en el marco de un mundo donde hay múltiples racionalidades y maneras de construirla, no un patrón ni una racionalidad inmanentes. El rechazo de la razón cultural de Occidente por dominante no es lo mismo que criticar la racionalidad del capitalismo, su instrumentalización y su control por la lógica de la modernidad. Hacerlo es caer en lo criticado y muestra de una falsa erudición, propia de un mundo posmoderno que impone agendas, define temas y se apodera del discurso. Ese es el auténtico colonialismo cultural. Por ello, es necesario reabrir el estudio de las escuelas, tendencias y corrientes del pensamiento social latinoamericano. El problema consiste en establecer las prioridades a la hora de construir

la agenda y no de descartar conocimientos. En ello reside el valor heurístico de la teoría y el desarrollo democrático del conocimiento.

Las rupturas en las formas de actuar y pensar deben articular nuevos principios de explicación. No puede ser de otra manera. La creación de las vanguardias, los movimientos arquitectónicos, pictóricos, literarios, de las ciencias de la vida, de la materia o sociales de una razón cultural impregnan el manto donde actúan. Los valores, las formas de concebir el mundo, el idioma dominante, por ejemplo el castellano y su gramática, articulan una manera de controlar y dirigir el mundo. Así, América Latina participa del proceso, lo define, reorienta y transforma proponiendo opciones y proyectos capaces de revolucionarlo. Su horizonte histórico ubica el cambio social dentro de dichos marcos conceptuales. El mejor ejemplo lo constituye el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Por una parte, reivindica en su lucha específica lanzada el 1 de enero de 1994 –en su conocido ¡Ya basta!– el trabajo, la tierra, el techo, la alimentación, la salud, la educación, la independencia, la libertad, la democracia, la justicia y la paz en una batalla por la dignidad y el reconocimiento de los derechos históricos, sociales, políticos, culturales y étnicos de los pueblos indios de México. Pero, al mismo tiempo, se compromete con la crítica y lucha por evitar la crisis del planeta, el proceso de deshumanización y la explotación mundial del capitalismo transnacional. Su propuesta es anticapitalista y su práctica une ambos factores, hoy reconocidos en su forma de hacer otra política.

Recrear la teoría social en América Latina se ubica en dicho argumento. Parafraseando a José Martí, es tan necesario saber la historia de Grecia y Roma como lo es estudiar la de los pueblos maya, azteca, inca o mapuche si se aspira a alcanzar una cabal comprensión de las estructuras sociales, de la realidad histórica y de las formas del poder en nuestra América. Se trata de lograr la intersección y conexión entre los saberes y las formas que han dado lugar al desarrollo del pensamiento social latinoamericano en su lucha por enfrentar teóricamente su censura. Rescatar los referentes del pensamiento crítico e incorporar los diferentes autores estadounidenses, asiáticos, africanos, europeos que han aportado al debate latinoamericano. En esta lógica, se ha intentado reconducir los debates sin encasillar a los autores; lo contrario sería tirar piedras sobre el propio tejado. Se trata de recuperar y proponer una lectura para enfrentar nuevos retos y resolver viejas preguntas.

Los trabajos incluidos son parte del Curso de Formación Continua dictado en el Campus Virtual del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) durante tres cursos académicos (2001-2004), a petición de su Secretaría Ejecutiva, en ese momento dirigida por Atilio Boron, bajo el título genérico de “Estructuras sociales y de poder”. Fueron diez clases de las cuales se recogen ocho para la presente edición.

Durante estos años las clases permanecieron intactas y casi sin modificación, pero la recepción favorable de los estudiantes y la petición de transformarlas en un libro hizo que fueran cambiando de formato hasta mutar en capítulos de libro. Así, lo que el lector tiene en sus manos es la puesta al día del Curso y las clases, divididas en dos secciones: la específica de la teoría social y la correspondiente al análisis de la estructura social y de poder en la sociedad oligárquica. Sabedor que siempre es superable, la segunda parte muestra más déficits que la primera, por ello tiene más apoyo de bibliografía y un llamado a lecturas colaterales, misma dinámica que se siguió durante el tiempo que se dictó el Curso.

Ahora, como siempre, no quiero dejar de mencionar que esta publicación no habría sido posible sin el esfuerzo intelectual de quien me acompañó durante ese tiempo, hoy fuera del ámbito universitario, pero en aquellos días una apasionada de la sociología y las ciencias sociales (que espero no abandone aunque la vida la lleve por otros derroteros), Sara Martínez Cuadrado, de quien conservo su amistad y su tesis doctoral, aún inconclusa. Tampoco puedo dejar pasar la oportunidad para manifestar una deuda de gratitud ahora transformada en amistad con Gabriela Amenta, coordinadora del Campus Virtual de CLACSO, apoyo permanente y estímulo constante, quien hizo posible superar escollos y logró que las clases fueran un éxito. Nunca vi tanto amor por su labor y por la docencia, símbolo de una persona íntegra. Gracias a ella este libro es posible; su tesón y aliento me llevaron a reescribirlo en tiempo de tormentas internas. Me queda una persona que me apoya con su crítica madura y recordatorio ético, y en esta ocasión solventa la parte técnica de la edición que presenté a CLACSO para su publicación: Talía, mi hija. Próxima a culminar sus estudios de derecho y ciencias políticas, dedicó parte de su tiempo a transformar clases en capítulos y me llamó *ignorante informático*, cosa que soy. Como tampoco espera que la mencione, mis reconocimientos para mi compañera que sigue aportándome esa tranquilidad necesaria para el estudio y la reflexión. Queda por último la dedicatoria. Esta es para los estudiantes. Todos quienes participaron activamente durante tres años de las lecturas, los correos electrónicos y los debates. Ellos reciban mi agradecimiento por sus críticas y por los silencios tediosos a los cuales los sometía por largos tiempos. Seguro que si leen esta introducción se sentirán identificados. Gracias a todos.